

MEMORIA DE CHILE / CIUDADES

Santiago de memoria

Roberto Merino



PLANETA

ROBERTO MERINO

SANTIAGO DE MEMORIA

ILUSTRACIONES DE
NATALIA BABAROVIC

PLANETA

Memoria de Chile/Ciudades

Obra patrocinada por



Municipalidad
de Santiago



Corporación
del Patrimonio
Cultural

SANTIAGO DE MEMORIA

© Roberto Merino

Inscripción N° 100.995 (1997)

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo

© Editorial Planeta Chilena S.A.

Olivares 1229, 4° piso, Santiago (Chile)

© Grupo Editorial Planeta

ISBN 956-247-185-3

En portada: Edificio de la antigua farmacia Bentjerodt, en la esquina
sur oriente de las calles Estado con Merced. Oleo de Natalia Babarovic

Diseño de cubierta e interiores: Patricio Andrade

Composición: Salgó Ltda.

Primera edición: septiembre 1997

Impreso en Chile por
Andros Ltda.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

INDICE

<i>Santiago. Avistamiento de una ciudad</i>	11
<i>Europeos en el viejo Santiago. VIAJEROS EN EL FIN DEL MUNDO</i>	13
<i>Puente de Cal y Canto. LA SANGRE LLEGÓ AL RÍO</i>	15
<i>Cal y Canto II. LA CAÍDA DEL GIGANTE</i>	17
<i>Un libro santiaguino. ARENAS DEL MAPOCHO</i>	19
<i>Santiago demolido. EL NINGUNEO DE LA MEMORIA</i>	22
<i>Las calles y sus patronos. VIDAS DIVERGENTES</i>	24
<i>Calles santiaguinas. LOS MISTERIOS DEL NOMBRE</i>	26
<i>Personajes del tiempo ido. LOS CONOCIDOS DE SIEMPRE</i>	28
<i>Personajes del presente. LA CORTE DE LOS MILAGROS</i>	31
<i>Calles bautizadas de fechas. EL CALENDARIO INFATIGABLE</i>	35
<i>Joaquín Toesca, "Creador de Santiago". LA EDAD DE LA TIÑA</i>	37
<i>Iglesia San Francisco y alrededores. TONADA DE MEDIANOCHE</i>	39
<i>Edificio de la Farmacia Bentjerodt. TRES CAMIONADAS DE PALOMAS</i>	42
<i>Baños públicos. DE CHAURRINAS A VESPASIANAS</i>	44
<i>Santiago ruidoso. LA MECA DE LA BULLA</i>	46
<i>Monumento al pueblo aborigen. LO FEO</i>	48
<i>Palacio de La Alhambra. EL SUEÑO DE UN MINERO</i>	51
<i>San Antonio. DE AMOR Y DE SMOG</i>	53
<i>Calle Esmeralda. RAMALAZOS DEL SANTIAGO NOCTURNO</i>	55
<i>Plaza de La Merced. LA ESQUINA DE LA MAMITA</i>	58
<i>Merced 738. RECUERDOS DE UN PETORQUINO</i>	60
<i>Cerro Santa Lucía. EL BASTIÓN DE LOS BESUCONES</i>	63
<i>Calle Santa Lucía. TELEFONAZOS EN LA NOCHE</i>	65
<i>Calle Santa Rosa. EL CAMINO DE LAS MATADAS</i>	67
<i>Casa de los Diez. EL FANTASMA DE LA DEMOLICIÓN</i>	69
<i>Calle Lira. VÍRGENES Y LENTEJUELAS</i>	72

<i>San Isidro. DE LA PELOTA AL COLEMONO</i>	74
<i>Calle Portugal. LOS HOYOS DE LA OLLERÍA</i>	76
<i>Barrio Lastarria. TINTINEOS DEL DÍA Y DE LA NOCHE</i>	79
<i>Calle Irene Morales. DEL CERO AL CIEN</i>	82
<i>Parque Forestal. LOS DE ARRIBA Y LOS DE ABAJO</i>	84
<i>Juventud y Circo. FIEBRE DE SÁBADO EN LA TARDE</i>	86
<i>Palacio Bruna. UN SUEÑO RECOBRADO</i>	88
<i>Remodelación San Borja. PICOS GEMELOS</i>	91
<i>Estatuas de Santiago. LOS CONVIDADOS DE PIEDRA</i>	93
<i>Rebeca Matte. BLANCO DE TODAS LAS FLECHAS DE LA AUSENCIA</i>	95
<i>Calle Pío Nono. EL ÚLTIMO VIA CRUCIS</i>	97
<i>Maruri. LA CALLE DEL CREPÚSCULO</i>	99
<i>Calle del Arzobispo. EL SOL EN LA PIEL</i>	102
<i>Zona estación Mapocho. UN OJO EN LA VEREDA</i>	104
<i>Río Mapocho. VIDA Y PASIONES DE UN CAMALEÓN</i>	106
<i>Calle San Martín. KARMA DE BARRIO CHINO</i>	108
<i>Palacio Errázuriz. EL HOGAR DE UN MÍSTICO</i>	110
<i>Calle Maturana. EL FANTASMA DE SARA BELL</i>	113
<i>Calle República. ESPARTA Y ATENAS</i>	115
<i>Portal Fernández Concha. SCHUBERT EN EL LABERINTO</i>	117
<i>Plaza Yungay. EL CONFÍN DEL ROTO PARISINO</i>	119
<i>Calle Mapocho. LA RIBERA SECA</i>	122
<i>Calle Matucana. LA FRONTERA DE LOS BRAVOS</i>	124
<i>Plaza Almagro. JARDINES DE ARRABAL</i>	126
<i>Conventillos. EMPACADOS EN EL TIEMPO</i>	128
<i>Calle Cóndor y Plaza Huemul. POR LA RAZÓN O LA FUERZA</i>	130
<i>Avenida Matta. EL CASO DE LOS 50 CHANCHOS</i>	132
<i>Parque O'Higgins. COUSIÑO EN LA MEMORIA</i>	135
<i>Fiestas del dieciocho. DE AQUÍ NO SE LIBRA NADIE</i>	137
<i>Estación Central. UN GALPÓN METAFÍSICO</i>	142
<i>Chuchunco. ARRABAL AMARGO</i>	144
<i>Quinta Normal. HISTORIAS DE PELAGATOS</i>	147
<i>Cerro San Cristóbal. CAMINO DE PERFECCIÓN</i>	149
<i>Calle Olivos e inmediaciones. ZONA DE LOCOS</i>	152

<i>Cementerio General.</i> EL PATIO DE LOS CALLADOS	154
<i>Avenida Independencia.</i> UN MILAGRO EN LA RESOLANA	156
<i>Vivaceta.</i> EL REINO DE LA CARLINA	158
<i>Santiago aburrido.</i> EL CÍRCULO DE LOS ERIZADOS	160
<i>Pájaros de ciudad.</i> EL DERECHO A ALETEO	163
<i>La noche santiaguina.</i> UN FLASH EN LA OSCURIDAD	168
<i>Llano Subercaseaux.</i> MÚSICA DE CÁMARA	170
<i>San Miguel.</i> LUCES Y SOMBRAS DE LO MIRA	173
<i>Pedreros.</i> UN FOGONAZO ENTRE LAS ZARZAS	175
<i>Avenida Pedro de Valdivia.</i> LA TROMPETADA DEL JUICIO FINAL	177
<i>Irarrázaval.</i> LA VIDA CONTINÚA	179
<i>Grecia-Macul.</i> A LA SOMBRA DEL PEDAGÓGICO	181
<i>Ñuñoa.</i> DE ÑUÑO HUE A ÑUÑO R K	184
<i>Tobalaba.</i> RECUERDOS DE TODALAGUA	186
<i>Plaza Egaña.</i> ZONA DE NADIE	188
<i>Canal San Carlos.</i> MISTERIOS DE AGUAS TURBIAS	190
<i>Emilia Téllez.</i> RASPANDO LAS MURALLAS	192
<i>Plaza Las Lilas.</i> NUNCA EN DOMINGO	195
<i>Avenida Providencia.</i> UN TOQUE DE DISCRECIÓN	197
<i>Providencia, 1897-1997.</i> LA ESTRELLA DEL ORIENTE	200
<i>Plaza de la India.</i> LA NADA	202
<i>Puente Rac-Alamac.</i> EL ARCO DE LOS FALSOS SUICIDAS	204
<i>Barrio El Golf.</i> AIRES DE FAMILIA	207
<i>El Bosque Norte.</i> GULA Y CELULARES	210
<i>Caminata a Apoquindo.</i> LA RUTA DE LOS TIPÓGRAFOS	212
<i>Vitacura-Oeste.</i> LA FRONTERA DEL CURACA	214
<i>Parque Los Dominicos.</i> 300 AÑOS DE INDULGENCIA	216
<i>La Dehesa.</i> LA VENGANZA DE LOS GUAYCOCHES	218
<i>La Reina.</i> DONDE EL DIABLO PERDIÓ EL PONCHO	221
<i>Pirque.</i> EL DIABLO EN SU CASILLERO	224
Ensayo de despedida.	
<i>Una ciudad abierta a los cuatro vientos</i>	227

ESTACIÓN CENTRAL

UN GALPÓN METAFÍSICO

Hasta donde alcanza la memoria, las inmediaciones de la Estación Central han tenido pésima fama: cogoteos y pendencias se han asociado desde siempre a esta zona popular y populosa. En medio del atollondramiento diario se levanta el edificio de la estación, hermoso vestigio arquitectónico del siglo pasado.

A pesar de la actual convalecencia de Ferrocarriles, la actividad no afloja un segundo en torno a la Estación Central. El sector no muere: renace a cada rato de los escombros de demoliciones e incendios. Es cosa de pararse ahí la tarde de un domingo para constatar el sofocante carnaval. Rostros y fachas innúmeras en procesión permanente, hervidero humano, griterío y música destemplada.

Lo de la música es cuento aparte. Proviene de los kioscos, de las fuentes de soda y de rincones misteriosos. Al unísono, y a todo lo que dé el "equipo", se trenzan en la atmósfera los gimoteos del músico popular, desde Juan Gabriel hasta Vicky Carr y otros productos aun peores. Los canutos no se quedan atrás: han instalado un amplificador en la vereda con sus respectivos parlantes y un charro chileno de bigotes zapatistas entona himnos a Jehová a ritmo de ranchera y a punta de micrófono. A su lado, un mariachi le lleva el amén con aullidos mexicanos y aleluyas. Los bafles retumban, saturados de ruido.

Así ha sido siempre la estación y sus inmediaciones: populosa y grotesca. Una nota periodística de principios de siglo describe la zona de este modo: "Edificios menguados, calles estrechas, sucias y mal cuidadas, cités y conventillos, comercio y bares de cuarto orden, bodegas y barracas". Habla también de "rancheríos inmundos, poblados de burdeles y cafetines".

El espíritu de rancherío es endémico del barrio estación y subsiste hoy no obstante los esfuerzos de "hermoseamiento". Las populares galerías comerciales de ahora son higiénicas, pero igualmente atiborradas y tristes. En sus laberintos se alternan peluquerías, shoperías-completerías, una feria artesanal, una tienda de animales, flippers, taca-tacas, módicos carruseles y un emporio de santería brasileña que ofrece soluciones paganas para los problemas de la existencia bajo el auspicio de un cierto Pai Joaquín y de una tal Tía María.

El hermoso edificio de la Estación Central queda finalmente en segundo plano. El escritor argentino César Aira lo describió como "un galpón metafísico, imaginado por Dalí". Algunos lo atribuyen a Eiffel, otros a un ingeniero Camus. Lo cierto es que fue prefabricado en Francia y que corresponde a la gran innovación arquitectónica francesa del hierro. Walter Benjamin especula sobre este tipo de construcciones en su obra *París, capital del siglo XIX*. Dice que con el hierro apareció por primera vez un material de construcción artificial. Edificios de hierro se levantaron por montones en lugares de tránsito: pasajes, pabellones de exposición y estaciones ferroviarias. El de la Estación Central fue terminado en 1900. La ciudad pudo exhibirlo con orgullo, rubricado por el famoso letrero que Vicuña Mackenna había hecho poner frente al terminal: "La mendicidad está prohibida en el departamento de Santiago".

En 1900 la red ferroviaria ya alcanzaba a puntos remotos del territorio nacional. Es interesante revisar el reglamento de Ferrocarriles del Estado vigente ese año. No se podía, razonablemente, subir a los vagones en estado de ebriedad y se especificaba que "aunque un pasajero tenga boleto, se le puede hacer abandonar el tren si su conducta diese lugar a ello". Transportar cadáveres costaba 62 pesos los primeros ochenta kilómetros, en tren de pasajeros. En tren de carga, el muerto pagaba 0,25 pesos el kilómetro. En todo caso, cualquiera fuera el tipo de tren, el reglamento advertía que "la colocación y extracción del ataúd debe hacerse por el interesado".

CHUCHUNCO

ARRABAL AMARGO

En las cercanías de la Estación Central aún hay noches tenebrosas y murallas hinchadas por la vejez. El barrio conserva su mala fama, aunque la vieja bohemia perdularia de antaño sólo queda en el recuerdo de unos pocos. Si Santiago se moderniza a mil por hora, no se puede decir lo mismo de Chuchunco.

En la jerga chilena actual, la palabra Chuchunco se usa para denominar un lugar perdido, ínfimo y vagamente irrisorio, tal como se habla de Tombuctú o de la Cochinchina. Vivir en Chuchunco es, en este entendido, hacerlo en una zona cuya oscuridad y desprestigio no amerita entrar en mayores explicaciones.

Chuchunco, sin embargo, existió, y en sus dominios campearon los ayes de las cuecas prostibularias y los provenientes de los cuchillazos de riñas y cogoteos nocturnos. En el plano de Santiago se lo ubicaba a principios de siglo hacia el poniente de la Estación Central y una guía de entonces definía el sector como un "caserío o arrabal". Hacia abajo, la Alameda adoptaba el nombre de Camino de Chuchunco y se alejaba internándose en varios fundos.

El diez mil veces citado Joaquín Edwards Bello localizó en una casa de tolerancia de esta zona los agridulces episodios de su novela *El roto*. Ahí, la descripción inicial de la calle San Borja es inolvidable. En la memoria de cualquier lector atento deben ser nítidos aún esos paredones hinchados, a punto de desplomarse bajo el peso de sus techos torcidos, los habitantes torvos y entecos, y un gaterío raquíptico que no alcanzaba a hacer frente a unos guarenes muy emparafinados ("calvos, con los ojos maliciosos, de tinterillos"). Fue tal —se dice— el descontrol que alcanzó la miseria en estos pagos, que las autoridades ordenaron la demolición de ingentes manzanas. Hay que anotar también que por ahí estuvo el Tattersal, la feria ganadera de los Larraín Bulnes donde

tres veces a la semana se transaba el ganado bovino bajo la tutela personal de los propietarios.

El propio Joaquín Edwards vivió en las inmediaciones de Chuchunco —en los altos de un hotelucho del Portal Edwards— cuando hubo de fondearse tras la publicación de su libro *El inútil*, especie de acabóse social o armagedón en 1916. Por esos años, otro perseguido —aunque en un orden muy distinto— había buscado refugio en el mismo lugar: Beckert, el siniestro homicida de la Legación Alemana, quien arrendó una covacha en el viejo edificio para capear los momentos inmediatos al crimen.

Romualdo Ibáñez —poseedor de un alma milagrosa— es acaso el hijo más famoso que haya ofrendado Chuchunco a la ciudad. Aún hoy en día está en pie —en San Borja y la Alameda— el negro y aislado murallón donde se acumulan las velas de los mandantes y las placas de los beneficiados por sus intervenciones en el Purgatorio. Hay también muchas flores de plástico y vírgenes de yeso descabezadas. Como se puede apreciar a simple vista, la pared perteneció a un edificio viejo: ningún contratista ha podido encontrar jamás a obreros que se animen a echar abajo la morada terrestre de Romualdo.

Presumiblemente, Ibáñez fue un contador, hijo único de madre viuda, que una noche de 1903 fue asaltado a la altura de Blanco. En su libro *L'animita*, Oreste Plath revisa varias versiones sobre la identidad de Romualdo Ibáñez. Hay quienes afirman que se trataba de un "tontito" del barrio, al que los vecinos empleaban para los mandados. Otros dicen que Ibáñez era un joven del sur, enfermo del pulmón, y que al momento de morir venía saliendo del hospital, abrigado con un chal. El caso es que, agónico, se arrastró por las calles vacías hasta morir a pasos de la Alameda. Hasta hace muy poco, un hombre que se hacía llamar El Venezolano se había hecho cargo de la mantención del animita. Sin familia, decepcionado del género humano, consideraba a Ibáñez su única compañía en este mundo y su seguro aval para el próximo. Un par de cañas de litreado carburaban todas las noches su vigilia.

Daniel de la Vega tiene recuerdos más luminosos del arrabal

chuchuncano, seguramente a impulsos de adánicas emociones juveniles. Rememora, entre el sonsonete de unos versos de Lugones, un ramillete de copleteras que actuaban, por 1912, bajo el nombre de Las Damas Vienesas. Del lugar donde esto ocurría —un tal Casino Bonzi—, como del vecino Teatro Politeama, ya casi nadie se acuerda.